

“LA ARGENTINA” DE ROMAIN GAINARD: UNA VISIÓN SISTÉMICA

Gloria Leticia Zamorano
Instituto de Geografía,
U.N.Cuyo, Argentina
glozam@arnet.com.ar

Introducción

Este trabajo constituye una interpretación sistémica de la descripción que realiza Romain Gaignard sobre la Argentina a fines del siglo XX. Se basa en un análisis semiótico del capítulo “La Argentina”, incluido en la obra titulada “Geografía regional II. América del Sur”, publicada en 1979. El texto se divide en ocho capítulos que aluden a las regiones argentinas, además de la introducción, consagrada a la presentación del país.

La metodología es cualitativa e hipotético-deductiva. Consiste en analizar el texto de Gaignard desde la semiología lingüística, extraer de éste la información necesaria para construir el sistema argentino existente en esa época, según una grilla de análisis lingüístico y un modelo de sistema establecidos *a priori*. Se consideran, pues, dos aspectos amalgamados durante el desarrollo, pero separados para la explicación: por un lado, la perspectiva sistémica adoptada; por el otro, el análisis semiótico del discurso y sus implicancias epistemológicas.

Dividimos este estudio en dos partes: primero, la visión del sistema espacial considerada; luego, los resultados del análisis semiótico del texto de Gaignard.

1. El territorio argentino como sistema espacial

1.1. La clasificación del territorio en sistemas espaciales

Para clasificar el territorio argentino en unidades espaciales adoptamos una perspectiva sistémica: partimos de que un **sistema** es “*una entidad autónoma en relación con su entorno, organizada en estructura estable (identificable en la duración), constituida por elementos interdependientes, cuyas interacciones contribuyen a mantener la estructura del sistema y a hacerla evolucionar*” (Pumain, 2004). Aquí tomamos entonces el sistema como un conjunto de componentes relacionados, abierto hacia el exterior e integrado a otros sistemas menores y mayores, como cualquier sistema espacial. Pero además, las dos partes básicas son, por un lado, el estado o resultado de la evolución del sistema, es decir, su estructura; por el otro, los movimientos que esa evolución supone, es decir, su dinámica (*figura 1*).

Para nosotros, la **estructura** posee cinco elementos fundamentales: unidades de apropiación, usos del suelo, lugares centrales, red de comunicaciones y unidades administrativas (Pinchemel, 1997). El componente sobresaliente en el texto de Gaignard son las unidades de apropiación, que constituyen tanto las condiciones naturales aprovechadas por los grupos humanos para satisfacer sus necesidades vitales, como las representaciones sociales que dan lugar a diferentes delimitaciones espaciales. En segundo lugar, los usos del suelo, que resultan de las actividades dominantes en cada región, son mencionados por el autor en correlación con la valorización de cada sistema espacial.

En tercer lugar, la red de relaciones o infraestructura de comunicaciones se presenta en la descripción como un componente que contribuye a la valorización territorial en cada espacio. Los lugares centrales consisten en los nudos más frecuentados por las colectividades, que están caracterizados por su polaridad: en este caso son las ciudades y los pueblos, que organizan la vida social en cada sistema. Finalmente, las unidades administrativas o provincias que, en el ejemplo de Gaignard, sólo son examinadas como tales en la Mesopotamia.

La **dinámica** del sistema, a su vez, está compuesta por cuatro elementos: actividades de la población, flujos, circuitos de realimentación, lapsos de respuesta (Zamorano, 2008: 19-21). En primer lugar, las actividades de la población se traducen directamente en los usos del suelo, considerados por el autor de modo prioritario. Luego, los flujos de población, de mercancías, de energía, de información, representan fuertemente los movimientos dentro del sistema.

En tercer término, los circuitos de realimentación permiten, con las entradas y las salidas de distinto tipo, la pervivencia del sistema espacial. A ellos hacemos referencia cuando tratamos los ejes que guían los movimientos en el interior del territorio argentino y hacia el exterior. Por último, los lapsos de respuesta pueden ser cortos, medianos o largos.

En suma, la dinámica del sistema es comprobable a partir del proceso que éste ha sufrido y sufre en forma permanente, que con el tiempo se traduce en la evolución histórica del territorio. En el texto de Gaignard, dentro de este proceso, la evolución de la ocupación del suelo es el eje que guía su discurso, es el tema prioritario que ordena la descripción geográfica de las regiones.

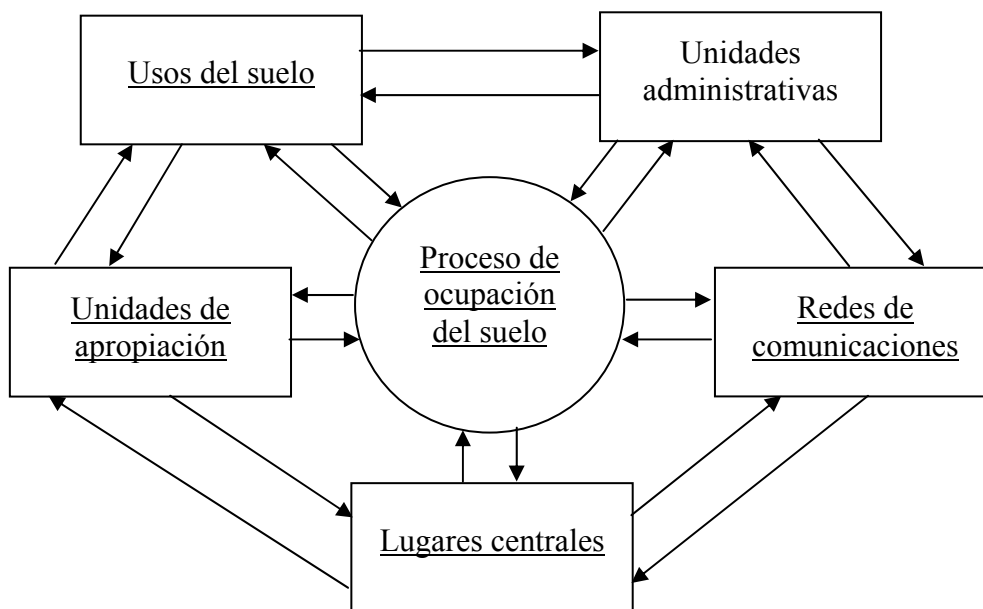


Figura 1. El sistema espacial, con sus componentes.

Nota. Los elementos subrayados son los considerados por Malte-Brun en su texto.

1.2. La Argentina, un vasto país, de baja densidad y población blanca

El autor presenta a la Argentina como un país de gran extensión -2.780.000 km²- y de escasa población, pues ascendía a 25 millones de individuos, o sea que su densidad era relativamente baja, de 8,9 habitantes por km². Considera que, desde 1930, el pueblo “*ha tendido progresivamente a renovar su identidad hispanoamericana, a buscar la solidaridad de un continente que antaño ignoraba, a construir ciertos elementos de una economía menos dependiente, al mismo tiempo que ha girado en la órbita de Estados Unidos*” (Gaignard, 1979: 1760). Su población, predominantemente blanca, tuvo una evolución particular, pues recibió inmigrantes europeos entre 1860 y 1925 y habitantes de países limítrofes desde 1960; luego tuvo movimientos interiores de personas hacia las principales ciudades, con el empobrecimiento de las regiones interiores.

1.3. El sistema argentino: cuatro regiones o sistemas, siete dominios o subsistemas

Gaignard señala la presencia de cuatro regiones en la Argentina: el Noreste, el Noroeste, la Patagonia y la Pampa, algunas de las cuales divide a su vez en distintos “dominios”, que pueden ser considerados como subregiones (*figura 2*).

1.3.1. El Noroeste, donde el río Paraná separa a la Mesopotamia del Chaco

Esta región o sistema ocupaba la cuenca del Paraná, extendiéndose sobre el área drenada por los ríos Paraguay, Paraná y Uruguay, pero estas vías fluviales constituyeron más bien un obstáculo que un vínculo entre los territorios situados junto a ambas riberas. Caracterizado por el autor como subdesarrollado, este espacio tenía tres **dominios** bien netos: el Chaco, Misiones y Corrientes, cuya unidad se consiguió por “*su solidaridad frente a las presiones y las decisiones políticas y económicas que emanan de Buenos Aires*” (Gaignard, 1979: 1764).

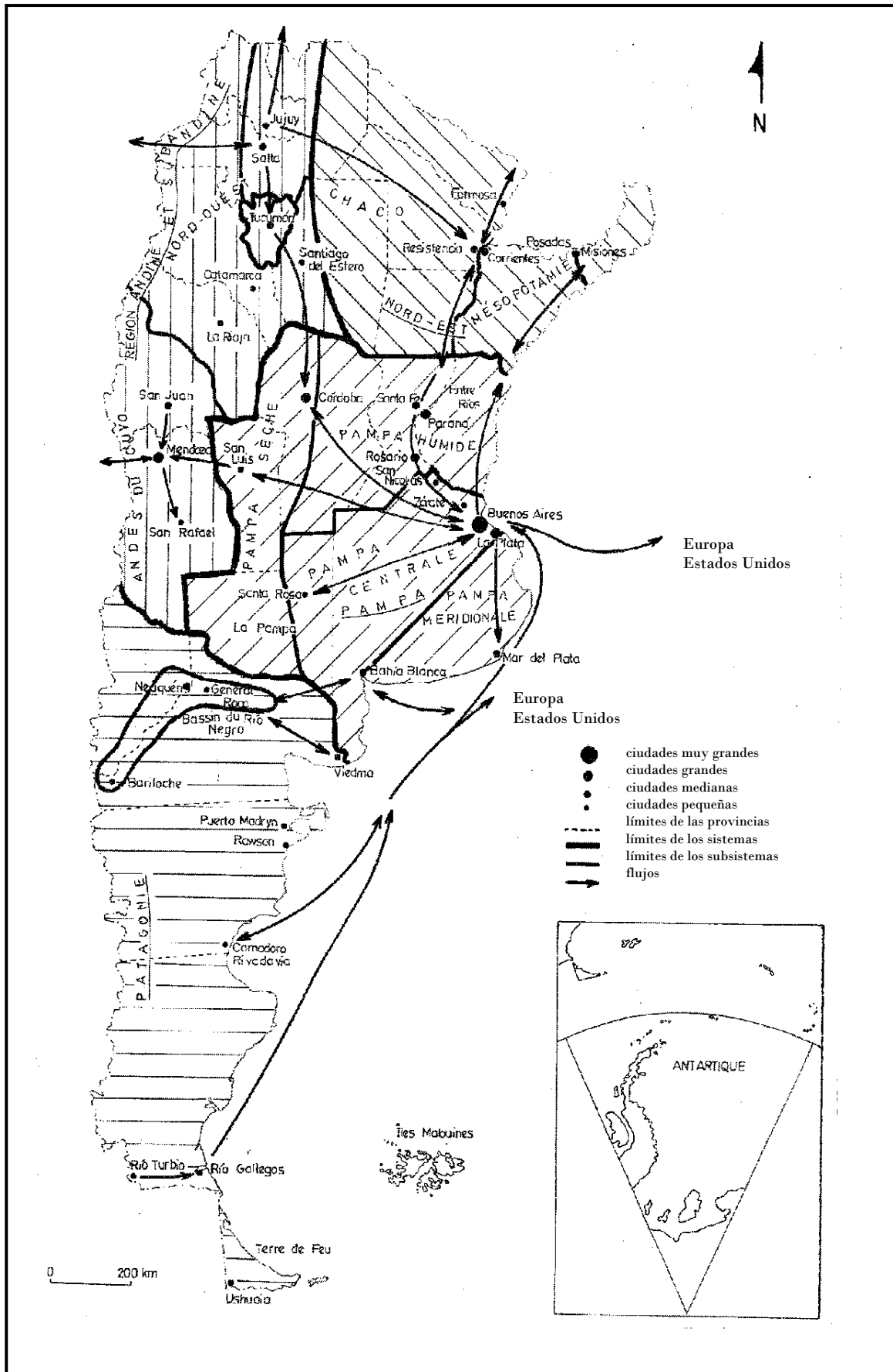


Figura 2. El sistema espacial de la Argentina, según Romain Gaignard, en 1979.
Fuente: Gaignard, 1979, pp. 1760-1810.

Tabla 1. Ciudades de la Argentina, según Romain Gaignard, en 1970

Ciudades	Población	Funciones	Jerarquía
Gran Buenos Aires	8.435.840 9.000.000	Capital federal y provincial, centro económico y cultural de América Latina, función industrial	Metrópoli del mundo
Córdoba	790.508 850.000	Capital de provincia y del interior del país, funciones universitaria, eclesiástica e industrial	Ciudades grandes
Rosario	806.942 800.000	Puerto, centro de comercio de la Pampa húmeda	
La Plata	478.666	Puerto fluvial, industria	
Mendoza	470.896 500.000	Capital de provincia, centro de decisiones políticas, administrativas, financieras y comerciales, de comunicaciones con Chile	
Tucumán	366.392 350.000	Capital de provincia, centro de servicios para el área rural circundante, industrias textiles	
Mar del Plata	302.282	Puerto marítimo	Ciudades medianas
Santa Fe	251.912	Capital de provincia, puerto fluvial, centro de comercio	
San Juan	217.514 210.000	Capital de provincia, centro de comercio del área rural que la rodea	
Bahía Blanca	182.158 180.000	Puerto cerealero de la Pampa meridional y de la Patagonia	
Salta	176.216 170.000	Capital de provincia y del valle de Lerma, centro de servicios del área rural circundante	
Corrientes	160.000	Capital de provincia, turismo	
Resistencia	142.848 140.000	Capital de provincia, puerto, centro de servicios comerciales, agrícolas, de comunicaciones (túnel subfluvial)	
Paraná	127.635	Capital de provincia, puerto fluvial	
Stgo. Estero	105.127	Capital de provincia, industria textil	
Posadas	97.514 100.000	Capital de provincia, puerto del Paraná, terminal ferroviaria y vial	
Río Cuarto	88.852	Centro de comercio	
Jujuy	82.637	Capital de provincia, industria siderúrgica	
C. Rivadavia	72.906	Pozos petroleros, industria del petróleo	
San Nicolás	72.000	Puerto fluvial, industria siderúrgica	
San Rafael	60.000	Centro de comercio del área rural que la rodea	
Zárate	50.575	Puerto fluvial, industria petroquímica	
Neuquén	43.070	Capital de provincia, centro de comercio	
Río Gallegos	27.833	Capital de provincia, puerto	
Bariloche	26.799	Función turística nacional e internacional	
Trelew	24.214	Puerto, centro de investigación petrolera	
Viedma	12.888	Capital de provincia, puerto	
Puerto Madryn	6.115	Capital de provincia, puerto, fábrica de aluminio	

Fuente: GAINARD, 1979, pp. 1760-1810; idem, 1973, p. 231 y 243.
Las cifras exactas corresponden al INDEC, 1970.

En la **Mesopotamia**, según nuestra interpretación, considera a cada provincia como un subsistema, o un conjunto con unidad propia por el hecho de la interrelación de sus elementos.

En cuanto a **Corrientes**, el autor alude primero a la **apropiación del territorio**, que comienza en 1588 cuando los españoles llegaron a estas tierras y se instalaron en las colinas bajas del litoral del Paraná, donde cultivaban tabaco, algodón, y cítricos en pequeñas parcelas. Allí *“la antigüedad de la valorización agrícola explica las altas densidades y la atomización del parcelario”* (Gaignard, 1979: 1764). Por el contrario, la llanura inundable del interior fue ocupada desde el siglo XVII por grandes familias criollas que estaban distribuidas en estancias, donde los terrenos de pastoreo eran interrumpidos a veces por arrozales; en consecuencia, el hábitat era escaso y disperso.

En Corrientes se destacaban tres **usos del suelo**. Por una parte, el pastoreo vacuno, extensivo y tradicional, estaba asociado a la industria en estas estancias enormes: los bovinos se destinaban a los frigoríficos o a las fábricas de conservas, situados sobre el litoral del río Uruguay. Por otra parte, la agricultura especulativa predominaba sobre la de yerba mate, cultivada para el consumo nacional. En efecto, se practicaba la ricicultura mecanizada en las estancias o bien se explotaban los suelos de las propiedades de los colonos esclavos o alemanes -300.000 hectáreas- con té, tabaco, tung –que servía para obtener aceite de aleurita- y cítricos, destinados a la exportación.

En contrapartida, la provincia de **Misiones** tuvo una **apropiación del suelo** totalmente diferente. Ocupada desde la conquista por los Jesuitas, luego de su evacuación las autoridades provinciales distribuyeron lotes de más de 60.000 hectáreas, donde dominaba una selva densa sobre suelos lateríticos, que recibía entre 1.000 y 2.500 mm anuales de precipitaciones. A fines del siglo XIX, el gobierno federal otorgó a familias de esclavos (polacos o ucranianos) parcelas de 20 hectáreas, donde cultivaban sobre todo yerba mate. Entre 1920 y 1930, sociedades financieras volvieron a adquirir tierras del valle del Paraná y crearon colonias: 7.000 alemanes fueron ayudados por sus compatriotas instalados en Brasil y explotaron la mano de obra paraguaya para talar el bosque y consagrarse así a los cultivos especulativos. Desde 1937, el tung les permitió obtener ganancias; desde 1950, los jugos de naranja y de pomelo.

En cuanto a los **usos del suelo**, Gaignard cita, como la actividad más rentable, la forestación de pinos destinados a la producción de celulosa y de pasta de papel en dos fábricas. Además, los productos subtropicales mencionados, como el tung, el té, la yerba mate, sufrían la fuerte competencia de los cultivos de países limítrofes, cuyos costos eran inferiores. El valle del río Uruguay era aún una inmensa reserva forestal prácticamente todavía sin explotar. Los productos de estas actividades poseían una buena salida en el mercado nacional e internacional gracias a la **red de comunicaciones**, ya sean las vías férreas o camineras, que vinculaban Posadas y Buenos Aires, desde donde la provincia recibía también los bienes de producción y de consumo. La población estaba concentrada sobre todo en Posadas, que era el **lugar central** mejor equipado, pues tenía, según el autor, 110.000 habitantes, y reunía la mayor parte de los servicios de la región (*tabla 1*).

Según Gaignard, el **Chaco** ocupaba el norte del territorio nacional, en una extensión de 350.000 km². Las **unidades administrativas** involucradas eran las provincias de Formosa y Chaco, el este de Salta y de Santiago del Estero, y el norte de Santa Fe (*figura 2*).

En cuanto al **proceso de apropiación territorial**, desde 1890, luego del retroceso de los indígenas desde el río Salado al Bermejo, se practicaba la explotación forestal para obtener el tanino del quebracho, *“acompañada por la instalación de los pastores en las sabanas inundables y las deforestaciones...”* (Gaignard, 1979: 1768). Entre 1920 y 1930, las tierras fueron ocupadas, por una parte, por muchos colonos que se establecieron en pequeñas propiedades algodonerías; por otra parte, grandes familias de Salta y Santiago del Estero se apropiaron, al oeste, de las estancias con numerosas tierras incultas; por último, el Estado ocupó, hacia el este, parcelas que fueron destinadas al cultivo del algodón. Desde esa época, *“el Chaco tuvo entonces una embestida hacia el oro blanco porque, en un comienzo, los intereses nacionales (ocupar el espacio), sociales (atenuar el impacto de la crisis de 1930) y económicos (restringir las compras exteriores) del Estado coincidían con los de las fábricas (hilanderías y tejedurías instaladas en Buenos Aires) y de los campesinos pampeanos expulsados de las tierras que explotaban”* (Gaignard, 1979: 1770). Después vino, para la explotación forestal, la crisis de los años cincuenta: se extendieron las hectáreas consagradas al cultivo del algodón, pero bajaron la calidad y el precio de éste. La

superficie cultivada descendió a 230.000 hectáreas en 1967. En consecuencia, se sucedieron emigraciones de nativos a Buenos Aires, y comenzó una diversificación de los cultivos por la adaptación de los productos templados de la pampa.

La **unidad natural** era la llanura del Chaco, tan plana que no tenía escurrimiento. Las precipitaciones disminuían desde el este hacia el oeste, de 1.100 a 550 mm anuales, y las temperaturas bajaban desde el norte hacia el sur –de 26° C de media anual en la frontera paraguaya a 18° C en el río Salado-. Así se daban “*condiciones de suelos y vegetación muy diferentes entre sabanas inundables y lagunas de salitre del sur y del este, zonas forestales drenadas orientales y estepas con matorrales occidentales*” (Gaignard, 1979: 1769).

Entre los **usos del suelo**, el autor hace referencia a los tres principales. Por un lado, la agricultura era practicada sobre todo en las colonias que ocupaban una franja central diagonal desde el noreste de Formosa hasta el sudoeste de Chaco, y una banda litoral en esta última provincia. En la época, la producción algodonera alcanzaba 220.000 toneladas de una calidad muy mediocre, debido sobre todo a 40 años de monocultivo. En las propiedades rurales había, por lo tanto, una tendencia a la diversificación de cultivos, introduciendo productos pampeanos especulativos menos rentables, tales como el girasol, el sorgo y el té, que ocupaban 60% de la superficie cultivada. Por otro lado, el pastoreo extensivo dominaba en el resto del territorio, mientras que el centro-oeste estaba cubierto por el bosque de quebracho, pues la explotación forestal para la obtención del tanino por parte de un pequeño grupo de empresas europeas había sido abandonada.

La modernización de la economía productiva también era visible en el incremento de los usos del suelo, sobre todo el comercio, el transporte y los servicios, en el principal **lugar central**, Resistencia. Esta ciudad mediana, que reunía los tres cuartos de la población de las dos riberas del Paraná -140.000 habitantes-, se había convertido en un cruce obligado –favorecida por sus dos puertos industriales-, y tenía un área de influencia que superaba a la provincia, de la cual ya era su capital (*tabla 1*). Desde 1973, estaba conectada con Corrientes a través de un túnel subfluvial; ambas urbes conformaban una aglomeración de unas 300.000 personas.

A propósito de la **red de comunicaciones**, este subsistema recibía **flujos** de inmigración pampeana, además de leñadores y obreros agrícolas paraguayos, correntinos o santiagueños, que iban para la cosecha y la escarda del algodón, y luego se instalaban en explotaciones de menos de 25 hectáreas, generalmente tierras fiscales con título precario. La dinámica del subsistema estaba representada también por intercambios de las mercancías con las regiones del noreste y de la Pampa. Por ejemplo, el algodón, después de ser tratado en las desgranadoras locales, era enviado hacia Buenos Aires, donde había 70.000 obreros textiles, contra 800 del Chaco. Por otra parte, el plomo y el cinc llegaban desde Jujuy por vía férrea y eran tratados en una refinería cercana al Paraná. Los caminos atravesaban también el nudo de Resistencia: la ruta nacional 11 unía Asunción del Paraguay con Buenos Aires.

1.3.2. La Argentina andina y subandina, el norte tradicional con estructuras arcaicas y el sur moderno y pujante

Según Gaignard, esta área territorial estaba caracterizada por su aridez, pero poseía núcleos donde los hombres crearon oasis productivos y a veces muy dinámicos, que tenían, en la época, 4.500.000 habitantes, 170.000 explotaciones agrícolas y más de un millón de hectáreas irrigadas. “*Con 1/5 de la población, proporciona 18% del producto bruto nacional [...]. Así el espacio argentino del oeste reviste el aspecto “insular”, como una especie de archipiélago de hogares de actividades dispersas en un espacio intersticial casi vacío*” (Gaignard, 1979: 1773-1774).

Cada uno de estos hogares tuvo su origen, según el autor, en la creación de las ciudades por parte de los conquistadores españoles en el siglo XVI. Allí comenzó la **apropiación espacial**, que fue fácil al norte gracias a la presencia de los indios pacíficos, quienes ayudaron en las explotaciones mineras, los cultivos y los campos de pastoreo: de este modo, la población pudo aprovisionarse de leña y animales de tiro, de alimentos y piezas textiles. Estas actividades tuvieron su florecimiento hasta fines del siglo XIX, cuando la aristocracia de los descendientes de los conquistadores reinaba frente a los antiguos pobladores, con predominio de mestizos. A partir de 1880, estas regiones se transformaron en “anexos especializados” del espacio pampeano. Por esta

razón, la expansión de las hectáreas de azúcar, vino, tabaco, frutas, fue rápida desde 1930 hasta 1960, en función del aumento espectacular del número de consumidores urbanos y de su poder de compra. Sin embargo, desde 1960 estos espacios perdieron población, porque muchas de sus actividades no eran rentables. Por consiguiente, hubo emigraciones hacia la región pampeana o hacia ciudades tales como Buenos Aires o Mendoza. No obstante, en la época llegaron contingentes de bolivianos, sobre todo al norte argentino; de chilenos, casi siempre al centro y al sur.

Según nuestra decodificación del discurso, este sistema se divide en dos subsistemas: el Noroeste y Cuyo. Para el autor, la unidad de la Argentina del **Noroeste** se debía a tres rasgos básicos comunes que resultaban del aislamiento y la prioridad colonial. Por una parte, se trataba de tierras indígenas ocupadas por los españoles y densamente pobladas desde que se había podido contar con la irrigación. Por otra parte, eran espacios organizados por ciudades fundadas sobre los piedemontes, o a la salida de las quebradas, o en los valles interiores bajos. Por último, existían allí sociedades mestizas dominadas por algunas grandes familias de la época de la conquista.

Desde la llegada de las vías férreas hasta fines del siglo XIX, la valorización del territorio se realizó especulando las posibilidades de utilización de los suelos, en función de la disponibilidad del riego. Esta apropiación de las tierras se relacionó directamente con **tres dominios**: el piedemonte y el valle de Tucumán, el valle de Lerma y el macizo andino de la Puna. Según nuestra opinión, estos tres dominios pueden considerarse como tres subsistemas.

Primeramente, el **subsistema de Tucumán** comportaba un área pequeña, de 22.000 km², con sólo 300.000 hectáreas explotadas y 750.000 habitantes (INDEC, 1970). Ocupaba, como **unidad administrativa**, la provincia de Tucumán. El **uso del suelo** dominante era el cultivo de la caña de azúcar. *“Estaba desarrollado en el piedemonte del Aconquija, y ofrecía suelos ricos bajo el bosque, favorecidos por lluvias suficientes de verano, protegidos de las heladas invernales. A medida que uno se aleja hacia el este, la sequía, las heladas, la delgadez y la pobreza de los suelos se acentúan en forma espectacular”* (Gaignard, 1979: 1779).

Las **unidades de apropiación** eran, en 1966, 26.700 parcelas pequeñas, que cubrían 250.000 hectáreas. Pero los establecimientos industriales, verdaderos lugares centrales del subsistema, no eran más que 26. De todos modos, la producción azucarera, con más de 850.000 toneladas, superaba las necesidades nacionales, pero no podía exportarse a causa de la saturación de los mercados mundiales. En opinión de Gaignard, en 1967, un plan de reconversión del gobierno nacional dejó como resultado la eliminación de minifundios de acuerdo con sus rendimientos azucareros, y la concentración y modernización de los ingenios. En consecuencia, se eliminaron unas 8.000 explotaciones (del total de 18.195) que contribuían con 10% de la producción; en contrapartida, 42 plantadores aseguraban el tercio del azúcar obtenido, y 850 propietarios de superficies de 20 a 150 hectáreas producían otro tercio. También algunos industriales se equiparon y algunos productores aumentaron su poder en el mercado. En definitiva, se profundizó la crisis regional, sobre todo porque no llegó a cumplirse el tercer objetivo, de diversificar las actividades.

Según el texto, consideramos a la aglomeración de Tucumán como el principal **lugar central** del subsistema. Constituía, además de la capital provincial, el centro de servicios del área azucarera que la rodeaba. En cuanto a las **comunicaciones**, era una ciudad-relevo de las rutas y vías férreas, que vinculaban también las principales entidades urbanas del noroeste con Córdoba y Buenos Aires.

En segundo lugar, el **subsistema del Norte** de la Argentina, valorizado a partir del de Tucumán, comprendía los valles de los ríos Bermejo y San Francisco, situados al este de la provincia de Jujuy y en el centro de la de Salta (*figura 2*).

En cuanto a la **apropiación del territorio**, el autor expone su evolución desde que arribaron los españoles: fundaron la ciudad de Salta —en el valle de Lerma—, que se desarrolló como capital de la Argentina hispánica y mestiza, la cual controlaba casi todo el noroeste argentino. La colonización agrícola encontró un medio favorable en el piedemonte interior con cobertura forestal densa, en los suelos profundos fáciles de irrigar, y en las temperaturas subtropicales, sin riesgos de heladas graves. Allí dominaban las grandes estancias consagradas al pastoreo, complementado por algunos cultivos bajo riego. Hacia 1910-20, se instalaron explotaciones azucareras en los valles de San Francisco y Bermejo, acompañadas por el establecimiento de cinco ingenios, de capitales

británicos, vendidos después a familias criollas. Hacia 1960, estas sociedades cambiaron las plantaciones de azúcar por cultivos de cítricos y legumbres, que eran vendidos en Buenos Aires.

Por otra parte, en el valle de Lerma, las condiciones físico-biológicas eran más rudas para la explotación agrícola porque, además de su localización en una cuenca a una altura de entre 1.300 y 1.600 metros, la continentalidad y la posición a sotavento contribuían también a las temperaturas, que alcanzaban una mínima de -10° C en invierno, y a las escasas lluvias de verano (de 400 mm). Pero los suelos cubiertos de limos atrajeron a los españoles para hacer del valle un gran centro de pastoreo. Luego, la construcción del ferrocarril trasandino, que vinculaba a Salta con Antofagasta, *“permitió mantener esta tradición pastoril, con engorde, en los campos de alfalfa, del ganado, exportado vivo a Chile”* (Gaignard, 1979: 1782). Finalmente, hacia 1920 se agregaron cultivos irrigados de tabaco en las estancias, tomando como mano de obra, sobre todo para la cosecha, a bolivianos, paraguayos y argentinos del norte, que luego seguían hasta Tucumán para la zafra. En la época, los propietarios de latifundios se esforzaban en modernizar el sistema pastoril, mejorando las estructuras ganaderas y añadiendo a las tierras de pastos naturales nuevos espacios regados, con el fin de suprimir la ruptura invernal de la alimentación del ganado y de aumentar la densidad animal. Se intentaba igualmente extender los cultivos forrajeros poco irrigados de sorgo y maíz, para asegurar a la región el aprovisionamiento de leche y carne.

En cuanto a las **unidades de apropiación**, según Gaignard, la gran propiedad pastoril –de alrededor de 1.000 hectáreas- ocupaba 85% del área total, mientras que las parcelas de menos de 400, generalmente con riego, sólo abarcaban 7%. Respecto de los **lugares centrales**, el autor alude a Salta como la capital de la provincia homónima y de todo el valle. En la época, concentraba 170.000 habitantes y tenía las funciones político-administrativa y comercial. Por estos caracteres, podemos considerarla como ciudad mediana en la jerarquía urbana argentina de los años setenta.

En tercer lugar, el **subsistema del macizo andino** se extendía sobre el altiplano de la Puna y los altos valles de los Andes. En nuestra opinión, las **unidades administrativas** eran las provincias de Catamarca y La Rioja, y el oeste de Jujuy, Salta y Santiago del Estero.

Los **usos del suelo** sobresalientes eran tres. Por una parte, los indios criaban llamas y vicuñas: dependían de algunos grandes propietarios que obtenían sus ganancias de la lana de los animales. Por otra parte, existía la agricultura en los “oasis confeti” de Catamarca y La Rioja gracias a los escurrimientos superficiales y las perforaciones profundas en las cuencas o los valles de los Andes. Finalmente, la explotación minera asociada a las industrias derivadas estaba representada por azufreras de los volcanes, una fundición de carbón de leña y una acería de la armada nacional; minas de plomo, cinc y plata, concedidas a la Sociedad Nacional Leads Cy –que cubría las necesidades argentinas-; yacimientos de petróleo y gas en Campo Durán y Tartagal, prácticamente agotados, pero eran prometedoras las nuevas explotaciones petroleras de Caimancito y Tineo. La **red de comunicaciones** nos da cuenta de la dependencia con el este argentino. Los aceros se destinaban a las empresas mecánicas pampeanas; un oleoducto conducía a San Lorenzo, en Santa Fe; un gasoducto unía a Salta con Buenos Aires, alimentando a su paso las industrias de Tucumán; rutas y vías férreas mediocres conectaban con Córdoba y la franja industrial del bajo Paraná.

Por último, el subsistema de los **Andes de Cuyo** se extendía sobre los piedemontes irrigados de los Andes, y tenía, como **unidades de administración**, a las provincias de Mendoza y de San Juan.

Gaignard describe dos tipos fundamentales de **usos del suelo**: la vitivinicultura y la explotación minera y sus industrias derivadas. Estas actividades estaban beneficiadas por algunos **caracteres físico-biológicos** del medio. El eje norte-sur de los picos más altos de América, gracias a las precipitaciones nibeas, estaba cubierto de glaciares por encima de los 6.000 metros: desempeñaba *“un papel de castillo de agua en oposición a la sequía impresionante de las vertientes”*. Los glaciés aluviales, resultantes de las secuencias climáticas del Cuaternario, *“se extendían poderosamente delante de la montaña a lo largo de seis grandes cursos de agua que nacían en la alta cadena”* (Gaignard, 1979: 1785). Estos ríos eran el Jáchal, el San Juan, el Mendoza, el Tunuyán, el Diamante y el Atuel, los cuales posibilitaban el regadío de un total de 500.000 hectáreas.

En cuanto a la **apropiación de las superficies**, el autor destaca primero las condiciones naturales difíciles para una adaptación elemental del hombre: el clima árido, cálido en verano y frío en invierno, pero favorecido por los aportes de agua suficientes, siempre que las sociedades hicieran

trabajos de envergadura para poder irrigar bien los diferentes oasis, y luego obtener rentas que pudieran amortizar estos gastos. Antes de 1880, los españoles, aprovechando las instalaciones ya construidas por los indígenas, cultivaban, en pequeñas parcelas, frutales y vid, trigo para el consumo local y alfalfa para el engorde de los animales, vendidos en pie en verano luego de atravesar la cordillera de los Andes. Luego de 1880, muchas de estas explotaciones se abandonaron por la competencia con los cultivos pampeanos de cereales. *“Por el contrario, el ferrocarril abre el acceso a un mercado nacional en plena expansión, que suscita un retorno a la tradición vitícola. Los banqueros británicos suscriben un préstamo del gobierno provincial destinado a la construcción de diques y canales; se desencadena la inmigración, venida de Italia y de España, reforzada por algunos especialistas franceses; se instala el viñedo”* (Gaignard, 1979: 1785-1786). Los inmigrantes construyeron una región nueva, donde existía en la época una escala socioeconómica neta. La masa de viñateros, pequeños y medianos productores desprovistos de capitales, vivían supeditados a los que elaboraban el vino, que eran algunas decenas de muy grandes bodegueros, cuyas empresas contaban muchas veces con circuitos de comercialización en el país.

A propósito de la explotación minera, tanto la cordillera como la precordillera encerraban numerosas reservas de toda clase de minerales. Desde hacía quince años la explotación de petróleo por parte del Estado nacional estaba en su apogeo, con una destilería que aprovisionaba a todo el oeste del país hasta Córdoba, y un oleoducto que llegaba hasta La Plata. En cuanto a la hidroelectricidad, los diques de Ullum (sobre el río San Juan) y El Nihuil (sobre el Atuel) no eran suficientes para el consumo, y una central térmica se ponía a punto en Luján de Cuyo. Finalmente, respecto de las industrias, las fábricas medianas de electroquímicos en Mendoza y de electrometalurgia en San Juan eran prometedoras para el desarrollo industrial.

La ciudad de Mendoza, como el principal **lugar central**, concentraba la propiedad burguesa, las decisiones políticas, administrativas, financieras y comerciales, y todos los grandes servicios colectivos. *“Ella ha abarcado, desde hace largo tiempo, a los antiguos pueblos vitícolas que la rodeaban, para formar de hecho una aglomeración de 500.000 habitantes con los barrios mal enlazados a través de los canales de irrigación y las fronteras comunales”* (Gaignard, 1979: 1787). Ha habido una redistribución de los ingresos y el desarrollo de una clase media de una población numerosa y diversificada. Además, aprovechaba la **red de comunicaciones**, porque tenía una posición de privilegio, a la salida de la única vía de paso permanente y con un elevado caudal hacia Chile. También permitía el comercio del vino y otros productos locales en todo el país.

1.3.3. La Patagonia, un medio árido poco poblado y un futuro promisorio gracias al petróleo

Extendida desde el río Colorado al estrecho de Magallanes, esta región o sistema comprendía, según Gaignard, 785 000 km³, habitados sólo por 700 000 individuos. Según nuestra interpretación, las **unidades administrativas** comprendidas eran las provincias de Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz, y el territorio nacional de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur.

El autor expone sobre este espacio siguiendo, como hilo conductor, los **usos del suelo** dominantes: la ganadería, la explotación minera y sus industrias asociadas, y la agricultura.

En primer lugar, la **ganadería** ovina extensiva se adaptaba a condiciones biofísicas particulares: mesetas a sotavento de la cordillera, cubiertas de hierbas dispersas, atravesadas de oeste a este por ríos con módulos magros, salvo el Negro y el Chubut. La **apropiación del suelo** por parte de los argentinos se intensificó hacia 1880, luego de la “campana del desierto”, que eliminó a los indígenas. En esa época, el gobierno de Buenos Aires distribuyó lotes de 5.000 a 10.000 hectáreas. *“Esta división en unidades demasiado pequeñas para sostener la explotación del tapiz vegetal natural entraña la degradación de las pasturas, y provoca desde hace una treintena de años el abandono y el éxodo de numerosos pastores, desprovistos además de todo apoyo técnico y económico”* (Gaignard, 1979: 1790-1791). Por el contrario, en el sur patagónico, también hacia fines del siglo XIX, aventureros europeos y representantes de sociedades británicas poderosas se apropiaron de grandes estancias donde cada oveja no tenía más que dos hectáreas disponibles. Así la Patagonia sólo tenía 40% de ovinos argentinos, y su producción de lana era de 65.000 toneladas, netamente inferior a la de la pampa.

En segundo término, respecto de la **explotación minera** y las **industrias asociadas**, desde 1960 se concentraba en las ciudades puertos. Comodoro Rivadavia vivía por y para el petróleo, por eso, sus funciones administrativas y técnicas estaban ligadas a la expansión de la investigación y la explotación de los hidrocarburos. Río Gallegos creció gracias a los servicios del Estado provincial, favorecida por los *royalties* petroleros, como algunos otros **lugares centrales** de la Patagonia, tales como Trelew o Puerto Madryn, en Chubut (*tabla 1*). La producción total de petróleo era de 16 a 17 millones de toneladas, es decir, 67% del total del país, y seis millones de gas, equivalentes a 70% del conjunto nacional. En energía eléctrica, el dique de Chocón constituía un equipamiento de envergadura, con una potencia instalada de 1.200.000 kw en 1976. Además, la presa de Futaleufú, en construcción, iba a proporcionar energía a base de aluminio, instalada en Puerto Madryn desde 1975: se refinaría este metal importado, y sería la única industria significativa en la Patagonia.

Por último, la **red de relaciones** se desarrollaba, en particular, gracias al comercio de derivados ovinos e hidrocarburos. De este modo, la lana y la carne de los terneros era expedida hacia Buenos Aires, principal centro consumidor y de exportación de estos productos hacia Estados Unidos y Europa. Por otra parte, un gasoducto unía a Comodoro Rivadavia con Buenos Aires; el petróleo, por el contrario, llegaba a la capital federal por vía marítima. Además, el carbón de Río Turbio, al suroeste de Santa Cruz, era transportado por ferrocarril a Río Gallegos, para ser embarcado hacia las centrales térmicas de Buenos Aires y los altos hornos de San Nicolás. La electricidad, finalmente, era enviada también a la capital nacional (*figura 2*).

Por último, Gaignard hace referencia a la **agricultura**, que tuvo sus comienzos en la cuenca del río Negro, en la década de 1920, en su área de confluencia con el río Limay, alrededor de las ciudades de Neuquén y General Roca. *“La iniciativa provino de la compañía ferroviaria que supo hacer rentable la única línea de penetración salida de Buenos Aires, vía Bahía Blanca, instalando colonos italianos consagrados a la producción de manzanas y peras para la exportación de contraestación en Europa septentrional y, más recientemente, en América tropical”* (Gaignard, 1979: 1793). En este caso, el autor establece una comparación de este oasis con los de Mendoza, pues el del valle de río Negro aparecía como un modelo reducido de su economía especulativa, sobre todo al observar sus paisajes y sus comportamientos. Pero esta región disponía, además de sus recursos hidroeléctricos e hidrocarbúricos, de su explotación turística nacional e internacional, desarrollada especialmente en torno a Bariloche (26.799 habitantes).

1.3.4. La Pampa, una inmensa llanura con actividades agropecuarias especulativas

La Pampa comprendía -según nuestra interpretación- seis **unidades administrativas**: las provincias de Córdoba, Entre Ríos, La Pampa y Buenos Aires, el sur de Santa Fe y San Luis.

Según Gaignard, la pampa no era una llanura monótona. Por el contrario, tenía diferentes paisajes que podían ser agrupados en cuatro grandes **dominios** denominados: húmeda, seca, central y meridional. En primer lugar, al noreste, en la Pampa húmeda, junto a las márgenes del Paraná inferior, la pendiente suave, y los suelos profundos y equilibrados, cubiertos de limos finos eran favorables para el cultivo del maíz. La Pampa seca se extendía al occidente; estaba irrigada por ríos nacidos en las sierras pampeanas, que aportaban limos adonde las precipitaciones eran sólo de 250 a 500 mm. En tercer término, la Pampa central era el dominio alternado de arenas y limos en costras: se trataba de tierras altas expuestas a los vientos del sur, propicias para el cultivo de trigo. Por último, la Pampa meridional era una depresión de suroeste a noreste en la provincia de Buenos Aires, bien drenada y cubierta por pastos naturales, con una serie de lagos que ocasionalmente recibían el escurrimiento proveniente de los macizos de Tandilia y Ventana (*figura 2*).

El autor realiza una amplia exposición acerca del proceso de **apropiación del suelo** pampeano. Cuando arribaron los españoles, *“se sentían desamparados frente a este nuevo océano, temible por su inmensidad, su forma plana, la ausencia de puntos de referencia, cursos de agua bien organizados más allá del río Salado, y por la presencia, en alguna parte en las hierbas altas y las depresiones de las dunas, de indios, sin duda muy poco numerosos, pero peligrosos por su movilidad y su inaccesibilidad”* (Gaignard, 1979: 1798). Se distribuyeron tierras en las cercanías de la ciudad de Buenos Aires, adonde ya en esa época se construyeron los dos tipos de sociedad agraria de la pampa. Por un lado, había grandes dominios exclusivamente pastoriles (de unas 100.000

hectáreas); por el otro, en las provincias de Entre Ríos y Santa Fe, algunas empresas compraron tierras fiscales y fundaron colonias para cultivar tierras y protegerlas contra los indígenas.

A fines del siglo XIX, con la implantación de las vías férreas, se aceleró el poblamiento pampeano. De este modo se afirmó la oposición entre la chacra, parcela de 50 a 200 hectáreas cultivadas por un colono con productos vegetales, y la estancia, explotación pastoril de 1.000 a 30.000 hectáreas, destinada sobre todo a la producción de carne. Estas estructuras agrarias permitían exportar cereales, carnes congeladas y lanas, y comprar bienes de equipamiento, atendiendo al modelo agroexportador del país, instaurado a fines del siglo XIX, y correspondiente a la división internacional del trabajo de la época. Este sistema sufrió, a partir de los años treinta, una serie de crisis bioclimáticas, comerciales y financieras. Las manifestaciones más destacadas fueron el *“hundimiento de las producciones vegetales y la instalación del ganado bovino y ovino, ruina de los medieros y arrendatarios por turno, incapaces de vender o de producir, expulsiones y migraciones de las masas rurales hacia las ciudades”* (Gaignard, 1979: 1803).

Más tarde, entre 1930 y 1950, los cultivadores de Santa Fe y Córdoba se orientaron hacia la asociación de la ganadería lechera con cultivos sucesivos de maíz o de sorgo, de trigo o de lino, y las praderas artificiales de avena y sorgo. *“Una potente red cooperativa de lecherías industriales donde se fabrica manteca, quesos y caseína para el mercado interior y para la exportación sostiene a esta especulación”* (Gaignard, 1979: 1806). A partir de 1950 se sucedieron caídas recurrentes debidas a la dependencia de las pasturas naturales. El volumen del ganado aumentó muy lentamente, mientras que el consumo de carne crecía justo al doble en función de la evolución demográfica. En consecuencia, disminuyó la capacidad de exportación, mientras que los frigoríficos más grandes fueron controlados por algunos grupos internacionales.

Desde 1965 hubo, además, un desarrollo de los cultivos para la ganadería: los productores asociaban los cereales forrajeros, como el centeno, el maíz y el sorgo, a praderas compuestas por gramíneas y leguminosas de ciclos perennes y desfasados. Esta modernización, como tantas otras, hizo pagar al sector agrícola el esfuerzo de la industrialización, gracias al mantenimiento de los precios y los salarios muy bajos, y a la aplicación de tasas a la exportación. Evidentemente, esta política afectó sobre todo a pequeños propietarios que no podían tener ganancias convenientes sobre producciones escasas. En general, la producción de los cereales aumentó, mientras que la mano de obra disminuyó debido a la motorización y la mecanización de los cultivos, pero los rendimientos eran aún débiles e irregulares. Por eso, muchos productores migraron hacia los centros de servicios distribuidos a lo largo de la red ferroviaria, presentando una trama compacta en las áreas de pequeñas propiedades, y una trama rala donde había estancias.

En conclusión, en cuanto a los **usos del suelo**, se asistía en los años sesenta a cinco procesos de transformación: la retracción del trigo, que estaba limitado muy a menudo a las áreas secas; la expansión de las oleaginosas, donde el girasol sustituyó al lino de la pampa húmeda, sobre todo en Santa Fe; el aumento, en los alrededores del Paraná, de los cultivos de maíz, pero modernizados por las hibridaciones, la cosecha mecanizada, el secado artificial, para la obtención de altos rendimientos; el auge prodigioso del sorgo, adaptado a las irregularidades pluviométricas; la penetración de la soja en el área del maíz, con el fin de responder a las necesidades de los cereales para la alimentación del ganado del mercado europeo y japonés.

En cuanto a los **lugares centrales**, el autor caracteriza a las ciudades pampeanas, que hemos clasificado según su jerarquía. El primer rango correspondía a la aglomeración del Gran Buenos Aires, que reunía nueve millones de habitantes, desde el Tigre a La Plata. Era una de las **grandes metrópolis del mundo**: poseía sus funciones económica y cultural a nivel de América Latina; un lugar industrial de envergadura, al agrupar más de la mitad de la capacidad argentina, contribuyó mucho al tejido urbano anárquico y degradado. Desde el punto de vista de las comunicaciones, era el paso obligado de todas las combinaciones ferroviarias y aéreas argentinas, con una función portuaria destacada, y el centro político-administrativo del país.

En el segundo rango, las **grandes ciudades** reclutaban emigrantes de otras regiones argentinas y de países vecinos, frecuentemente como mano de obra industrial. Entre éstas, Córdoba concentraba las funciones universitaria y eclesiástica, y fue la capital política del interior del país y

un centro industrial poderoso (fábricas automotrices, fabricaciones militares); Rosario era un puerto de exportación de cereales y el centro comercial más grande de la pampa húmeda (*tabla 1*).

Entre las **ciudades medianas**, el autor destaca a Bahía Blanca como el puerto cerealero de la pampa meridional y de la cuenca del río Negro, y el futuro centro de transformación petroquímica de los minerales patagónicos. A lo largo de la margen derecha del Paraná, de Santa Fe a Buenos Aires, se había conformado una **región industrial** a escala latinoamericana, constituida por **pequeñas ciudades** –según nuestra opinión– como Villa Constitución y San Nicolás, dedicadas a la siderurgia; San Lorenzo, Zárate y Campana, orientadas a la petroquímica; Santo Thomé y Santa Fe, caracterizadas por sus industrias automotrices y de tractores; Ramallo y Bragado, consagradas a la metalurgia. Al final de la jerarquía estaban los pequeños **lugares centrales**, que concentraban servicios comerciales, financieros, administrativos y técnicos para el área rural circundante.

En síntesis, el autor expresa que *“el desequilibrio regional, o mejor la oposición espectacular entre el vacío y la congestión, entre las inmensidades desiertas, subpobladas, o salpicadas por escasos núcleos densos y dinámicos, y la estrechez de las zonas sobrecargadas de hombres y de actividades, caracteriza a uno de los efectos más significativos del tipo de desarrollo, periférico y dependiente, que ha conocido la Argentina antes del estancamiento económico y la decadencia social y política del tiempo presente”* (GAINARD, 1979: 1810). Sin embargo, considera que el país podrá tal vez encontrar su propia vía de desarrollo y tener un lugar de privilegio en el concierto de las naciones, gracias a sus potencialidades y a las cualidades de su pueblo.

2. La geografía de la Argentina de Gaignard como resultado del análisis semiótico

2.1. La Argentina, un país subdesarrollado, pero poderoso en América latina

Explicamos la Argentina como sistema espacial, siguiendo la descripción hecha por Gaignard. Primeramente, las **fuerzas** que movían al país eran el inmenso espacio lleno de contrastes biofísicos, la oposición entre áreas de pequeñas propiedades campesinas y de vastas extensiones de latifundios, la política económica de sustitución de las importaciones, y finalmente las necesidades económicas y políticas de los grupos de poder. La Argentina formaba parte del sistema americano, conducido por Estados Unidos.

A partir de estas fuerzas, las **entradas** fundamentales al sistema eran la afluencia de inmigrantes y la introducción de inversiones europeas. Por una parte, corrientes continuas de personas de países limítrofes dominaban sobre la llegada de población europea. Venían desde la Pampa, el norte o el oeste. Por otra parte, las inversiones extranjeras fueron aportadas por las sociedades multinacionales consagradas frecuentemente a fabricaciones complejas (química orgánica, electromecánicas, vehículos) o a industrias con tecnología de posguerra (electrónica, petroquímica). Gracias a estas fábricas, el país ocupó el primer rango en América Latina, desde el punto de vista del desarrollo industrial, en los años sesenta, pero el tercero en el decenio de 1970. Porque este proceso de crecimiento industrial *“parece golpeado por una parálisis. Está hipotecado por la estrechez física del mercado nacional, que no permite alcanzar una economía de escala suficiente y entorpece los costos de producción; está afectado por la actitud negativa o evasiva de las sociedades multinacionales que se inquietan desde 1970 por los disturbios políticos y sociales y por la inseguridad que pesa sobre su propio futuro en este país...”* (Gaignard, 1979 : 1762).

Según nuestra visión sistémica, la Argentina presentaba, en la época, cuatro regiones o sistemas –ya expuestos más arriba–: el Noreste, el Noroeste, la Patagonia y la Pampa. Al mismo tiempo, en el Noreste había tres subsistemas, que eran Chaco, Misiones y Corrientes; mientras que el Noroeste podía dividirse en cuatro: Tucumán, el Norte, el Macizo Andino y el piedemonte de los Andes de Cuyo. Los otros dos sistemas no tenían subdivisiones.

La **red de relaciones** estaba compuesta por ejes ferroviarios, camineros y aéreos, dispuestos en abanico hacia la capital federal, y permitiendo así la **salida** de personas, mercaderías, información, capitales, hacia el exterior, de los cuales la mayor parte se hacía por Buenos Aires. La trama de estas vías vinculaba a los principales **lugares centrales** del país: no sólo el Gran Buenos Aires, sino también ciudades grandes como Córdoba, considerada la capital del interior; Mendoza, como paso

desde Santiago de Chile hacia Buenos Aires; Rosario, como puerto que era el centro de servicios de envergadura sobre todo para la Pampa húmeda.

2.2. Una descripción de regiones homogéneas según la geografía clásica

El análisis semiótico se hizo sobre el texto como un todo, un conjunto. Para esto se consideró que el texto es un “aparato translingüístico”, lo cual supone “*un tipo de producción significativa que ocupa un lugar preciso en la historia*”, según Kristeva (1979: 279). Desde esta perspectiva, un discurso tiene reglas estructurales que lo constituyen como tal, porque comprende no sólo las condiciones de su producción, sino también el problema de su comprensión, de su interpretación o su lectura (Lozano, Peña-Marín y Abril, 1986: 33-34). O sea que cada texto constituye el producto de un acto comunicativo e informacional que forma parte de un sistema de signos empleado por una comunidad en una situación espacio-temporal y psicológica determinada. En consecuencia, el análisis del discurso se vincula con un análisis semiótico del texto que nos ocupa en este caso.

Tomamos como base la concepción de Zaldúa Garoz, quien afirma que “*todo texto tiene estructuralmente una superficie lingüística y una profundidad cognitiva: es el resultado de un lenguaje específico, y en virtud de éste adquiere una forma determinada, que es posible aprehender por un proceso complejo de decodificación y de interpretación*”. De acuerdo con esta perspectiva hemos seguido dos etapas: en primer lugar, el análisis de la estructura de superficie del texto; en segundo lugar, el de su estructura profunda (Zaldúa Garoz, 2006: 11). Describimos brevemente estos aspectos que comportan el análisis del discurso según Carpineti (1980: 37-61).

La **estructura de superficie** permite advertir el grado de cohesión del texto, que presenta un esquema particular de organización de la información. Se analizan estilo lingüístico, distribución gráfico-espacial, orden lógico-semántico, técnicas gráficas y fuentes utilizadas (*tabla 2*).

Tabla 2. Aspectos que comporta el análisis del discurso

ESTRUCTURA DE SUPERFICIE ⇒ cohesión del texto	Estilo lingüístico
	Distribución gráfico-espacial
	Orden lógico-semántico
	Técnicas gráficas
	Fuentes
ESTRUCTURA PROFUNDA ⇒ coherencia del texto	Intencionalidad
	Proporción aspectos naturales/antrópicos y estructura/dinámica espaciales
	Temas ejes de la comunicación
	Categorías procedimentales

Fuente: Carpineti, 1980: 37-61.

Primeramente, el **estilo lingüístico** es la forma en que se expresa el autor, si se trata de un lenguaje simple y claro o complejo y confuso, si es descriptivo, narrativo, explicativo, analítico, sintético... En nuestro texto, se utiliza un lenguaje sencillo, lo que implica un relato ameno para la lectura. Es, además, un discurso que combina lo descriptivo con lo explicativo, incorporando lo narrativo cuando es pertinente. En suma, el discurso es claro y ordenado –pues presenta ideas primarias, secundarias y accesorias en casi todos los párrafos-, propio de la geografía de la segunda mitad del siglo XX. En segundo lugar, la **distribución gráfico-espacial** presenta las diferentes partes del texto, que son normalmente capítulos y párrafos, y que constituyen las unidades secuenciales y/o temáticas: observamos la presencia o ausencia de títulos, su

espaciamiento, su nivel jerárquico. El texto se compone de una introducción y ocho capítulos, con títulos en letra mayúscula y sin numerar. No existe separación entre los párrafos, y el rango de los sistemas espaciales se manifiesta tanto en el tipo de letra de los títulos, como en el espaciado entre los capítulos. Por ejemplo, para las subregiones, el título va en cursiva y la separación es de sólo dos espacios entre apartados; para las regiones, el título está en letra normal y aparecen cuatro espacios entre capítulos sucesivos.

Luego, en el **orden lógico-semántico** se aprecian las unidades lógicas que empleó el autor, como las relaciones de causalidad, de comparación por analogía o por contraste, la exposición de los hechos y luego las conclusiones, la presentación de un problema y después la solución, etc. En este texto se advierten tanto relaciones de causalidad, de comparación por contraste o por analogía, como relatos históricos. Un ejemplo de las primeras es la presentación de los caracteres de Buenos Aires como efecto de la subordinación económica y política de la Argentina: "*El gigantismo y esta trombosis de una ciudad que se conserva bella y con arraigo en muchos barrios a pesar de su infinita banalidad, de sus villas miserias inundables, de sus flotas de vehículos inmovilizados, son consecuencia directa del papel decisivo que ha desempeñado siempre Buenos Aires en la orquestación de los lazos de dependencia de la Argentina...*" (Gaignard, 1979: 1809). Con respecto a las **técnicas gráficas**, el autor intercala dos mapas que representan a la Argentina: en el primero, sobre "*La Argentina útil*" aparece el territorio nacional hasta los 40° de latitud sur; el segundo, intitulado "*Sistemas de cultivo*", contiene los principales usos del suelo del conjunto espacial argentino. Además, una tabla estadística sobre la agricultura pampeana completa la descripción de las estructuras rurales de esa región.

Finalmente, las **fuentes** son no solamente los distintos tipos de documentos consultados, sino también sus orígenes lingüísticos, para saber si el autor conoce y está entonces influido por información en otras lenguas. Entre las fuentes empleadas, Gaignard cita doce, todas relativamente actualizadas, salvo la de Pierre Denis sobre la geografía argentina, que data de 1920. Los artículos franceses sobre temas de la disciplina como la urbanización, los sistemas agrarios o la energía, predominan: entre ellos, el autor escribió cuatro entre 1965 y 1976 en revistas como "*Les Problèmes Agraires des Amériques Latines*". Por otra parte, dos libros hacen alusión a la política o la cultura del país: "*La década peronista*" (Bearn, 1975) y "*L'Argentine*" (Kalfon, 1968). Gaignard consultó también obras de tres escritores argentinos reconocidos, como Ferrer ("*La economía argentina*", 1964), Giberti ("*El desarrollo agrario argentino*", 1964) y Halperin Donghi, (director de la obra "*Historia Argentina*", de ocho volúmenes, 1972). Por último, podemos mencionar Scobie como el único autor anglófono tomado en cuenta, cuyo libro "*Argentine, a City and a Nation*" data de 1964. (Zamorano, 2008: 204).

Desde el punto de vista metodológico, el autor hace esencialmente una descripción de los dominios o de las regiones. Es necesario agregar aquí el valor de la observación directa del país, realizada por Romain Gaignard, quien vivió diez años en la Argentina. Sus numerosos viajes hacia la mayor parte de las regiones nos dan cuenta de su extenso conocimiento de la geografía nacional a través de su contacto directo con su gente y sus paisajes.

El análisis de la **estructura profunda** se relaciona con el contenido semántico del discurso, con la coherencia del texto, porque éste "*es por otra parte reflejo de cierta cantidad de información implícita*" que nos sirve para dilucidar algunas precisiones sobre los fundamentos epistemológicos de Gaignard (Zaldua Garoz, 2006: 10). Esta etapa consiste en analizar la intencionalidad del autor, las proporciones de información sobre la estructura y la dinámica espaciales de la Argentina y los aspectos naturales y antrópicos, los temas ejes de la comunicación y las categorías procedimentales.

Primeramente, la **intencionalidad** que ha llevado al autor a escribir su texto es su pretensión de difundir información para el gran público, por tratarse de una geografía universal: este tipo de libro de geografía mundial es característico de la disciplina en la segunda mitad del siglo XX. En segundo lugar, tanto la **proporción de texto** dedicado tanto a los componentes naturales y humanos, como a la estructura y la dinámica espaciales, nos permiten descubrir algunas cualidades de la geografía regional de la época. Por un lado, la exposición de la región de Cuyo y la de la Pampa tienen un peso equivalente, con quince páginas cada una. Como la mayoría de los geógrafos, atribuyó más importancia a esta última, en coincidencia con su importancia económica, política y de

comunicaciones en el país, mientras que el amplio tratamiento de Cuyo obedece sobre todo al hecho de que este espacio fue lugar de residencia de Gaignard en los años 1960.

Por otro lado, la estructura y la dinámica espaciales se ensamblan en la descripción explicativa del autor. La exposición de la **estructura espacial** abarca treinta páginas, mientras que la de la dinámica ocupa alrededor de veinte. Su tratamiento es, pues, equilibrado, pero podemos señalar que el autor prefiere los temas relativos a geografía humana. Las palabras o las expresiones más utilizadas lo muestran: ocupación, valorización o toma de control del suelo, modernización, industrialización o desarrollo industrial, revolución o transformación industrial, subdesarrollo, estructuras agrarias, colonización, inmigración. En contrapartida, el término de geografía física más empleado es dominio. A partir de estos vocablos, inducimos que el discurso puede ser encuadrado en la geografía de los años 1960-70, que corresponde a la etapa de apogeo del capitalismo posindustrial. Por consiguiente, reconoce la importancia de las relaciones económicas y de las decisiones políticas en la formación de las regiones geográficas. A propósito de la **dinámica espacial**, Gaignard realiza siempre una larga exposición del proceso de ocupación o apropiación del suelo y de valorización de las tierras, que constituye el tema eje de su exposición.

Al analizar el vocabulario propio del autor, advertimos que considera a la geografía como ciencia de la organización espacial, pues concibe al objeto de la disciplina como “*la estructuración de los ordenamientos en la interfase terrestre*”. Epistemológicamente, esto significa que comprende que hay lógicas para develar, frente al desorden aparente de los fenómenos terrestres (Pumain, 2004). Le interesan, pues, las relaciones horizontales en los hechos geográficos o las conexiones entre los lugares, bajo la influencia de la corriente de análisis espacial, que probablemente el autor absorbe de la obra de Jean Gottmann (1950), o bien de Jean Labasse (1962). Pero también tiene influencia, al mencionar los dominios, de la visión regional de André Cholley (1942).

Por último, el predominio de las **categorías procedimentales**, tales como la narración, la descripción, la explicación, la argumentación... permiten aproximarse a la corriente geográfica que encuadra al autor. La descripción explicativa nos remite a la geografía clásica de la segunda mitad del siglo XX. La preocupación por el proceso implica en Gaignard la influencia del historicismo, al mismo tiempo que su aproximación a la realidad es comprensivista o interpretativa.

En definitiva, se trata de un texto de geografía regional clásica, caracterizado por la descripción explicativa de las regiones homogéneas argentinas, influida por la corriente de análisis espacial.

Bibliografía

- CARPINETI R. (1980), **El texto informativo y el esquema de contenido**, Buenos Aires: Plus Ultra, 201 p.
- GAIGNARD R. (1979), **L'Argentine**, en: BRUHNES DELLAMARRE M.J., DEFFONTAINES P. et JOURNAUX A. (dir.), **Géographie régionale II. L'Amérique du Sud. Encyclopédie de La Pléiade**, París, Gallimard, pp. 1760-1811.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS (I.N.D.E.C.) (1970), **Censo Nacional de Población y Vivienda 1970**, Buenos Aires.
- KRISTEVA J. (1970), **Recherches pour une sémanalyse**, París, Seuil.
- LOZANO J., PEÑA-MARÍN C. et ABRIL G. (1986), **Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual**, 2 ed., Madrid, Cátedra, 253 p.
- PUMAIN D. (2004), **Organisation de l'espace**, París, Hypergeo. En: <http://www.hypergeo.eu/spip.php?article369>.
- PUMAIN D. (2004), **Système**, París, Hypergeo, 29/04/2004. En: http://hypergeo.free.fr/article.php3?id_article=5&var_recherche=systeme.
- ZALDUA GAROZ A. (2006), **El análisis del discurso en la organización y representación de la información-conocimiento: elementos teóricos**, 13 p. En: http://bvs.sld.cu/revistas/aci/vol14_3_06/aci03306.htm.
- ZAMORANO G. (2008), **Structures et dynamiques spatiales en Argentine : le cas de la province de Mendoza**, tesis de doctorado en geografía Nuevo Régimen, Lille, Université Charles de Gaulle – Lille 3, Atelier National de Réproduction de Thèses. En: <http://www.sudoc.abes.fr/DB=2.1/SET=1/TTL=1/CLK?IKT=12&TRM=130003425>.